

encerrado, los convoca al saqueo de la más rica ciudad de los estados de Felipe, y favoreciendo sus concupiscencias se pone al frente de ellos como jefe. Sancho de Avila fué el precursor de esa serie de generales que hacen servir á sus miserables pasiones los descontentos del ejército: los pronunciamientos en aquella época de gloria, aparecen ya como una de las enfermedades del ejército español.

Los insurrectos de Alost se ponen en marcha de noche (1), todos con sendos ramos de encina en el morrion, «vienen derechos á la ciudadela, entran por la puerta de socorro y solicitan que Don Sancho los conduzca al combate. Del primer impulso dan en el cuartel que ocupan unos seiscientos franceses, que por entonces estaban de parte de los estados; eran todos veteranos y por placer se habian desbandado de las guarniciones de las fronteras.—Estos franceses son diablos, dicen: vamos á los hombres» (2). Y fuerzan los cuarteles que los alemanes defendian, se derraman por las calles y matan á todos los que encuentran á su paso; despues se dan al pillaje.

Por aquellas mismas calles de Amberes, veintisiete años ántes avanzaba anunciando una era de prosperidad bajo arcos de triunfo cargados de divinidades alegóricas y virtudes teologales, el hijo de César, el príncipe Felipe (3). A las ilusiones de los burgueses que esperaban un leal conde de Flandes y Brabante, había preferido las decepciones de la violencia. Ahora las engañosas divisas, los trajes de la entrada triunfal vuelven á salir á luz en las frenéticas manos de los soldados que fracturan baules y rompen cofres; por espacio de tres semanas exterminan á los habitantes y se llevan todo lo manejable. Y matan ocho mil hombres, y queman la mitad de las casas, y roban seis millones de escudos en la otra mitad (4), arruinando la gran ciudad por más de doscientos años. «Tres mil hombres saquearon una ciudad en cuyo seno había riquezas para hartar el hambre de un ejército de cincuenta mil hombres» (5)!

En medio de estos despojos sabe Sancho de Avila que Don Juan de Austria ha sido nombrado para el gobierno de los Países Bajos, y se

(1) El 4 de noviembre de 1576.

(2) Brantome.

(3) Sobre la entrada de Felipe en Amberes en 1549, V. *Spectaculorum in susceptione Philippi...* apud C. S. Grapheum, in folio, Antverpiæ, 1550.

(4) Mendoza.

(5) Brantome.

apresura á escribirle que los coroneles se huelgan en gran manera de su nombramiento y celebran su llegada; pero que no quedan ya sobre las armas más que cuatro mil hombres de la vieja infantería incluso los tres mil bandidos de Amberes (6). Al mismo tiempo la ciudadela de Gante es entregada por la guarnicion española á las tropas de los estados (7) y la de Valenciennes vendida por la guarnicion alemana á los mismos estados á precio de diez reales por alemán (8). El príncipe de Orange organiza en Gante una reunion de delegados de las diez y siete provincias para ajustar una alianza indisoluble.

En los preliminares que preceden á esta asamblea de Gante, un burgués de Bruselas, Francisco Martin Vandersterre, realizó un acto notable de energía. Traia á los estados de Brabante las adhesiones de los estados de Güeldres y de Groninga, cuando fué preso por los españoles, que quisieron hacerle declarar los nombres de sus adherentes. «Aquel pobre paciente fué descoyuntado por espacio de doce horas, de tal modo que los comisarios no podian más de sueño: uno de ellos le dijo: ¿Cómo te dejas atormentar así, desdichado viejo, por no decir la verdad? Y despues de innumerables tormentos, lo bajaron á tierra en un estado tan miserable que no se podía tener de pié ni sentar, permaneciendo allí buen espacio, en sudor, desnudo, refrescándose» (9). En esta agonía, arregó á los soldados valones que lo rodeaban, los convirtió á la causa nacional, organizó un movimiento y la guarnicion sublevada por el moribundo gritó: ¡vivan los estados! y eligió nuevos jefes.

Mientras los estados generales se reunian en Gante y se mostraban dóciles á las inspiraciones del príncipe de Orange, se puso en camino Don Juan de Austria. Al salir de España, escribió á Don García de Toledo, su antiguo consejero (10), diciéndole que la situacion era desesperada, pero que no era imposible que Dios velara por una causa que era la suya, ni que lo eligiera á él especialmente para hacer un milagro en su ayuda.

(6) *Doc. inéd.* XXXI, pág. 144. Los otros mil están en Lieja y en Maestricht. El resto de las fuerzas comprende los mil seiscientos valones de Mondragon y ocho compañías de alemanes. El total dista mucho de los sesenta mil hombres del duque de Alba, ya reducidos á cuarenta mil en tiempo de Requesens.

(7) El 11 de noviembre de 1576.

(8) Herrera, tom. II, pág. 101, el 19 de noviembre.

(9) *Memorias anón.* tom. I, pág. 216.

(10) *Doc. inéd.* tom. III, pág. 177, del 17 oct. 1576.

PARTE TERCERA

Conquista de Portugal.—Alejandro Farnesio.—La Armada invencible

CAPITULO PRIMERO

DON JUAN DE AUSTRIA EN LOS PAISES BAJOS.—1576-1578

FELIPE II SE CANSABA DE LA LUCHA CON FLANDES.—EL EDICTO PERPETUO.—ENSAYO DE ADMINISTRACION REGULAR.—
GOLPE DE ESTADO DE NAMUR.—GOLPE DE ESTADO DE GANTE.—BATALLA DE GEMBLoux.—
ÚLTIMOS MESES DE DON JUAN DE AUSTRIA

I.—Felipe II se cansa de la lucha con Flandes

«Si al leer los libros precedentes no se ven más que muertes, asesinatos, matanzas, sublevaciones de pueblos, batallas, tomas y ruinas de ciudades y reinos, todavía estoy obligado á continuar esta miserable malicia del tiempo en los años siguientes.» Así se expresa un antiguo analista (1); pero en este último período del reinado de Felipe II se encuentran á lo ménos dos grandes figuras á que podemos convertir los ojos con cierta complacencia, la de Alejandro Farnesio y la de nuestro Enrique IV.

Don Juan de Austria con sus sueños de ambicion y sus talentos de caudillo militar, no poseia ni la fijeza de miras ni el arte de dirigir los instintos populares: no era un adversario peligroso para un político como el príncipe de Orange. Un simple empleado, Jerónimo de Roda, parecia comprender mejor que todos los consejeros y generales de Felipe el secreto de reconciliar á los insurrectos de los Países Bajos. «Arruináis el país, decia (2), y os agotais; en vez de destruir riquezas, es menester que hagais renacer el comercio, y no obtendreis efectos útiles sino cuando os hayais conciliado los ánimos dejando de combatir los intereses.»

Jerónimo de Roda se había instalado francamente en la ciudadela de Amberes en medio de los españoles amotinados: habíase improvisado no sólo como jefe del gobierno regular, sino tambien como el defensor para con Felipe II de

(1) Palma Cayet, *Cronología novenaria*, pág. 349.

(2) *Corresp. de Felipe II*, tom. III, pág. 477.

los soldados que habían expulsado á sus oficiales, de Sancho de Avila, que había favorecido esta sedicion (3) y aún del electo, que había dirigido el pillage de Amberes (4) «y llevó tan adelante su ufanía que se hizo respetar como jefe y obedecer como el único representante de la persona del rey» (5).

Pero no había caído en gracia de Felipe II, á quien mortificaban no solamente los poderes sin su consentimiento, sino tambien las apremiantes exigencias de dinero que Roda tenia necesidad de hacerle (6), y más acaso sus descripciones demasiado exactas de la desorganizacion existente. «No hay consejo, orden ni cuidado, todo es behetría y pláticas impertinentes, y jamás se concluye cosa, ni hay quien tenga cuidado de si lo que se ordena, se ejecuta (7)... Las desvergüenzas crescen cada dia hasta atreverse ya los predicadores á decir que sin escúpulo de conciencia se pueden matar los españoles» (8).

En este momento es cuando se resigna Felipe á hacer concesiones. En su reciente celo por la reconciliacion teme de tal manera que no lo comprenda Don Juan de Austria, que manda escribir á su secretario Antonio Perez una carta, que él revisa y corrige, y la envia á Escobedo, el hombre de confianza que se ha puesto al lado de Don Juan para inspirar y vigilar su conduc-

(3) *Corresp. de Felipe II*, tom. V, pág. 11.

(4) *Ibid.* carta del 6 de nov. 1576.

(5) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 5165.

(6) *Corresp. de Felipe II*, tom. IV, pág. 146. «Ayuda de costa.»

(7) *Ibid.* pág. 147. Carta del 21 de mayo de 1576.

(8) *Ibid.* pág. 353, del 4 de setiembre de 1576.

ta—El rey, dice esta carta, está muy desengañado, y se niega á seguir el camino por el cual se le ha traído hasta aquí (1).—No se limita á las exhortaciones y consejos que de viva voz da á su hermano durante los largos días que le ha hecho perder reteniéndolo en el Escorial, sino que lo carga todavía con un legajo de instrucciones que no sin grandes mortificaciones de orgullo ha debido redactar; y aunque lo tiene á su lado, le escribe sin embargo:

«El servicio es grande, que hace á Dios, y pues la causa es tan suya no le faltará su ayuda meresciéndola con más cuidado. Con la mayor reputación que se pudiere se debe conceder lo que fuere menester para acabar y salvar lo que se pudiere y no le hacer caso de todo lo pasado (2).»

¿Olvida sinceramente tantas vejaciones y aquellos largos meses de angustia en que cada correo le traía tan tristes nuevas? ¿Olvida la humillación de capitular con los rebeldes? Ni aún en esta hora de abatimiento en que no puede ya estar más humilde para inspirar á su hermano sentimientos conciliadores, pierde de vista el deber de vengar las afrentas que ha sufrido: en el mismo papel, algunas líneas más abajo no escribe ya *olvido*, sino *disimulación sobre lo pasado*. Palabras sueltas é imperiosas resumen las instrucciones en el momento de la partida. «Lo de la cuenta de su alma.—Andar con tiento en los amores y no ofender con ellos á la gente principal.—Criados católicos.—Disimular con lo pasado» (3).

Letras de cambio habrían asegurado mejor el éxito; y es precisamente lo que le hace observar Don Juan en su primera carta á mitad de su camino (4). «Lo que combiene, dice, es que V. M. mande acabar con mucha brevedad lo del dinero. Suplico á V. M. se me acuda con lo que digo, que es dinero y más dinero.» Desde este momento y aún desde su retiro al Escorial pierde el jóven vencedor toda alegría y confianza; y hasta el viaje lo cansa y espanta.—Voy á atravesar la Francia, escribe (5), y después de Dios, no tengo más esperanza de salvarme que la que me da la librea que me disfrazo.—Viajar por España era acaso más peligroso que por Francia por la falta de caminos y casas de postas.—En mi vida he pasado

(1) *Corresp. de Felipe II*, tom. IV, pág. 45, carta del 8 de abril de 1576. «Desengañado del camino.»

(2) *Corresp. de Felipe II*, tom. IV, pág. 426.

(3) *Ibid.*

(4) *Ibid.* pág. 446.

(5) *Doc. inéd.* tom. III, pág. 177. Don Juan á Don García de Toledo, 17 de octubre 1576.

tanto trabajo, dice Don Juan al llegar á Irún (6), como en este camino, porque con ser tan pocos caballos ha sido fuerza correr en unos mismos muchas veces doce leguas y tal vez diez y seis, y aún con todo tener por gran suerte el salir de las postas en dos horas. No son, según me dicen, muy seguros los caminos.»

En Francia, para ocultarse mejor, lleva en dos relevos la balija del oficial que lo acompaña (7). Pero sabe al pasar por París «que aquella noche había un baile muy solemne en el Louvre, y viene disfrazado á ver danzar á toda la corte, y sobre todo y con gran admiración á la reina de Navarra, la maravilla del mundo, quedándose extasiado ante semejante belleza (8).

Deslumbrado aún por esta visión, vuelve á ponerse en camino y llega á Luxemburgo, donde se detiene para pedir que no se le abandone como en Túnez. «Todo será perdido, créalo V. M., si dilaciones y falta de dinero tienen agora la fuerza que por lo pasado» (9).

—No podeis permanecer en Luxemburgo, le dice desde Amberes Jerónimo de Roda (10); id á Maestricht, donde están las tropas alemanas y yo os llevaré nuestros españoles: infantes y jinetes están tan llenos de confianza que no les parecerá difícil ninguna empresa; recoged las tropas de que podreis reunir nueve mil españoles y cuatro mil alemanes ó valones fieles.

—Respondemos de la pacificación inmediata, dicen al mismo tiempo los flamencos que fueron á Luxemburgo á visitar á Don Juan; os garantizamos la obediencia, como ántes, con tal que traigais orden del rey para sacar de los estados á los españoles.

—¡Ah! exclamó Don Juan (11), «el nombre de español les hace asco, y se empeñan en que hasta los galgos han de salir (12) y llamarían al turco ántes que aceptar de buena fe un compromiso» (13). Es una ilusión esperar la conciliación; pero es también quimérico continuar las hostilidades, «porque tengo en la faltriquera menos de cien escudos para proveer á mi manutención y al servicio de los correos y nadie en torno de mí tiene un real» (14).

A pesar de las corteses palabras de los señores

(6) *Corresp. de Felipe II*, tom. IV, pág. 446, Don Juan al rey, 24 octubre 1576.

(7) *Ibid.* pág. 466. «Le truxe tres postas su maleta.»

(8) Brantome.

(9) *Corresp. de Felipe II*, tom. IV.

(10) *Ibid.* tom. V, pág. 18.

(11) *Ibid.* pág. 45, Don Juan al rey.

(12) *Doc. inéd.* tom. L, pág. 303.

(13) *Corresp. de Felipe II*, tom. V, pág. 77, Don Juan al rey, 6 de diciembre 1576.

(14) *Ibid.* pág. 60, carta al rey, del 22 nov. 1576.

res, se organiza contra Don Juan una resistencia solapada, una oposición invisible (1). El jóven héroe continua siempre seductor y ardiente; pero se siente como asediado y estrechado en Luxemburgo por el hombre cauteloso, experto y trabajado por la adversidad, que se obstina contra la desgracia. El príncipe de Orange y Don Juan son igualmente nerviosos, elegantes, inteligentes: Don Juan, más generoso y entusiasta, se engalana como paladín y lleva orgullosamente su cabellera rizada; Orange, que tiene doce años más que él (2), escéptico, pérfido, dice enseñando su cabeza calva: Mi corazón está más estropeado que mi cabeza (3). El jóven se deja llevar por el entusiasmo, por el afán de su gloria, por los arranques de una imaginación novelesca, pero lo contienen los invisibles lazos á que lo sujetan la desconfianza de Felipe II, las precauciones de los empleados y la tranquila resistencia de los hombres del Norte; Orange permanece firme en sus miras, inmutable en medio de los reveses, seguro de hacer concurrir á sus designios á los hombres desintresados, perversos ó fanáticos que se agitan á su alrededor. Es la lucha de la impaciencia contra la tenacidad.

II.—El edicto perpetuo

Ahora permaneciera en Luxemburgo, ahora se adelantara hasta los pueblos inmediatos para ponerse de acuerdo con los delegados de los estados, con los intermediarios ociosos y los portadores de ofertas, ello es lo cierto que Don Juan estaba consternado del desorden y de las discordias que se ofrecían á su vista. «Son tantos y tan discordes estos hombres... los unos conciertan, los otros lo niegan, y lo que muchos reprueban otros admiten. Todos están llenos del diablo que se los lleve. Todos son unos, y tan rebeldes los españoles y los otros soldados á sus oficiales mayores, como los flamencos á V. M.» (4).

Los españoles del castillo de Amberes preparan el pillaje de Bruselas y hacen saber á Don Juan que no tiene que ocuparse de ellos por cuanto ellos se encargan de quemar todo el país como se merece (5). «Para dar aviso á V. M., escribe Don Juan á su hermano, para que vea los buenos y leales vasallos que tiene

(1) *Corresp. de Felipe II*, tom. V, pág. 53.

(2) Don Juan tiene 31 años; Orange 43 en 1576.

(3) Strada, lib. IX. «Arschoti duci, nudato capite. — Vides, inquit, hoc calvitium, scito me non magis capite quam corde calvum esse.»

(4) *Corresp. de Felipe II*, tom. V, pág. 109, Don Juan al rey, 22 diciembre 1576.

(5) *Ibid.* pág. 131, del 2 de enero de 1577.

por acá y lo que le aman, sepa que el marqués de Abré (6) de su parte y de otras tentó al Señor Don Juan ofreciéndole para sí todo esto, y aunque procuré desviar la plática, haciendo del que no entendía, fué tan atrevido y desvergonzado que lo reiteró.» Felipe II subraya con despecho el pasaje capital de esta carta.

Don Juan comienza á comprender que no podrá penetrar en el Brabante ántes que los soldados españoles hayan salido de él, que será recibido para recibir la ley, no para imponerla (7); que el príncipe de Orange coliga contra él todos los partidos, reanimando á los que estaban ya cansados de la lucha (8). «Es preciso romper por todo,» dice el príncipe de Orange, á quien inquietan las probabilidades de un acuerdo (9). «El nombre y servicio de V. M. es tan aborrecido como temido y amado el del príncipe de Oranges. Los tiene encantados á todos, porque le aman y temen y quieren por Señor. Ellos le avisan de todo y sin él no resuelven cosa» (10). El príncipe que sabe esto, pretende exasperar á Don Juan con sus exigencias. «Los españoles serán expulsados.—Don Juan prestará juramento en nombre del rey de someterse á los privilegios de las provincias y de las ciudades.—Los estados generales se reunirán siempre y cuando lo crean necesario, y dispondrán exclusivamente de los impuestos y de las tropas.—Todas las ciudadelas serán derribadas....»

«Hay muchos dañados cuyo intento va enderezado á turbar la paz, dice Don Juan (11), y así lo que V. M. ha de tener por muy cierto es la guerra y para ella prevenir todo lo necesario al mismo tiempo que voy tratando de la paz.» Añade que se le prevengan los tercios de su escuadra de Sicilia, se recluten suizos y se le envíen sus antiguos maestros de campo.

Pero Felipe había recaído en uno de sus largos períodos de silencio y esperando que el tiempo, la Providencia, un milagro asegurarían

(6) *Doc. inéd.* tom. L, pág. 308. Sabido es que la mujer del marqués de Havré, Diana de Dommartin, pasaba por la dama de Don Juan. Véanse las *Memorias anónimas* publicadas por la Sociedad de historia de Bélgica, tom. II, pág. 15.

(7) *Doc. inéd.* tom. L, pág. 302, Escobedo al rey, 8 de diciembre de 1576. «Esta gente quiere resolutamente dar la ley, no recibilla; quieren que salgan los españoles ó morir en la demanda y que el señor Don Juan en ninguna manera entre en sus Estados sin estar seguros desto; háseles concedido.» Aquí pone al margen el secretario Perez: «Habla bien claro Escobedo.»

(8) Col. de Groen Van Prinsterer, tom. V, págs. 467, 567, 574 y 611.

(9) *Corresp. de Guillermo*, documentos publicados, tom. III, prólogo.

(10) *Ibid.* prólogo, págs. 53 y 64.

(11) *Corresp. de Felipe II*, tom. V, pág. 137, Don Juan al rey, 8 enero 1577.

sus intereses, se abstuvo de contestar á las cartas de su hermano.— Se dice que el rey no hace caso de los Países Bajos, que los olvida y ve con indiferencia su pérdida, le escribe Don Juan (1). He pasado ya las mismas angustias en Italia que se pasan aquí desde ha muchos años: suplico al rey por el amor de Dios sea servido de no tener nunca en suspenso las resoluciones necesarias, pues las tardanzas son la causa de todos los males de estos países (2). Se explica sin embargo los apuros del rey: Hasta los niños, dice, los conocen (3); en cada país están descontentos los súbditos, lo sé y lo he visto. Cuando yo crucé á España oculto con mi disfraz, oía las quejas que por todas partes se levantaban... Italia necesita estar ocupada por fuertes guarniciones. Pero lo que más falta hace son hombres; no hay hombres para los altos empleos ni para los cargos de ministros (4).

Así las concesiones son inevitables; los flamencos se niegan á creer que Felipe esté encerrado en el silencio y atribuyen á mala fe las vacilaciones de Don Juan, renovando por la *union de Bruselas* su confederacion ya sancionada por la *pacificacion de Gante*. En vano promete Don Juan, que piensa invadir á Inglaterra, hacer partir por mar á los españoles de los Países Bajos; se hace sospechoso de quererlos conservar con el pretexto de la falta de barcos. ¿Habria yo de renunciar por estos malditos flamencos á la empresa de Inglaterra que seria de tanto servicio á Dios y renombre para V. M. y de tan grande honra para mí (5)? «Esta descortesía y descomedimento me ha tenido deseoso de romper la guerra para asolarlos y destruirlos y cebarme en su sangre.»

Cólera disculpable cuando ve la corona de Inglaterra desvanecerse como la de Túnez. Dificilmente se creería que Felipe II tomara en serio el proyecto de un golpe de mano contra Inglaterra. Pero puede suponerse que dió pábulo á la imaginacion emprendedora de su hermano, y que en las largas horas que habian pasado juntos en el Escorial (6), hubo de prometer la mano de María Estuardo y el concurso armado de las guarniciones españolas de Flandes para asegurar la conversion del país. Don Juan habla de ello como de un arreglo

(1) *Corresp. de Felipe II*, t. V, p. 147. D. Juan al rey, 16 ener. 1577.

(2) *Doc. inéd.* tom. L, pág. 313, Don Juan al rey, 10 febr. 1577.

(3) *Corresp. de Felipe II*, tom. V, pág. 87, del 6 diciembre 1576.

(4) *Ibid.* pág. 113, carta del 22 dic. 1576. «Lo que mas importa á los reyes es tener hombres.»

(5) *Ibid.* pág. 181 y siguientes, del 2 febr. 1577.

(6) Ranke, *España en el siglo XVI*, pág. 185-190 de la traduccion Haiber. Antonio Perez, *Memorial del hecho de su causa*.

aceptado; sin duda no quiere que su interés perjudique las intenciones del rey (7), pero se ha concertado con el duque de Guisa para asegurar el consentimiento de María Estuardo. Nada de caballeresco en este deseo de restituir el trono á la reina de Escocia. Don Juan está preparado tambien para unirse con Isabel. «Hame dado puntadas de casamiento por circunloquios y aunque mis respuestas no excluyen ántes entretienen la plática por lo que V. M. me manda advertir de ella, todavia si acaso pasase adelante, he de suplicar á V. M. que como caballero me diga si le parece que la lleve adelante, porque si bien me tira el ver que por este medio se puede reducir una reina y un reino á la religion y al servicio de V. M., no querría por nada hacer cosa desonrada. Imagíneme V. M. al tiempo que esto digo, encendido de pura vergüenza de asomar plática de casamiento con mujer de cuya vida y ejemplo se dice tanto» (8).

El momento está mal elegido para hablar á Felipe II de intrigas sobre un trono extranjero.— Si hemos de ocuparnos más tarde de lo que tengo hablado con vos y con vuestro secretario Escobedo, escribe repentinamente á Don Juan (9), importa que la reina de Inglaterra no tenga sospecha alguna y sobre todo que la partida de las guarniciones españolas no despierte sus inquietudes. No hay que ocuparse en nada ántes de que Flandes esté pacificado... debéis despedir á los españoles (10) «sin embarazaros para el otro particular de Inglaterra que para aquello se ofrecerá otra mejor ocasion.»

Vése ahora pues que teme no se muestre Don Juan bastante humilde con los flamencos, puesto que escribe con cierta impaciencia nada ménos que ocho cartas en cinco días (11). «Una y más veces os he encargado que en todas maneras procureis que eso se acomode aunque sea, como lo he escrito otras veces, con más quiebro de los negocios. Conviene en tanta apretura y necesidad pasar por muchas cosas que en otro tiempo y posibilidad no se sufrirían... pues habiendo tanta falta de todo lo que es menester y vos pedis para la guerra, se puede muy bien ver cuán peligroso y dudoso suceso tendria este negocio estando todos en

(7) *Corresp. de Felipe II*, Don Juan al rey, 2 febrero 1577.

(8) *Ibid.* tom. V, pág. 185.

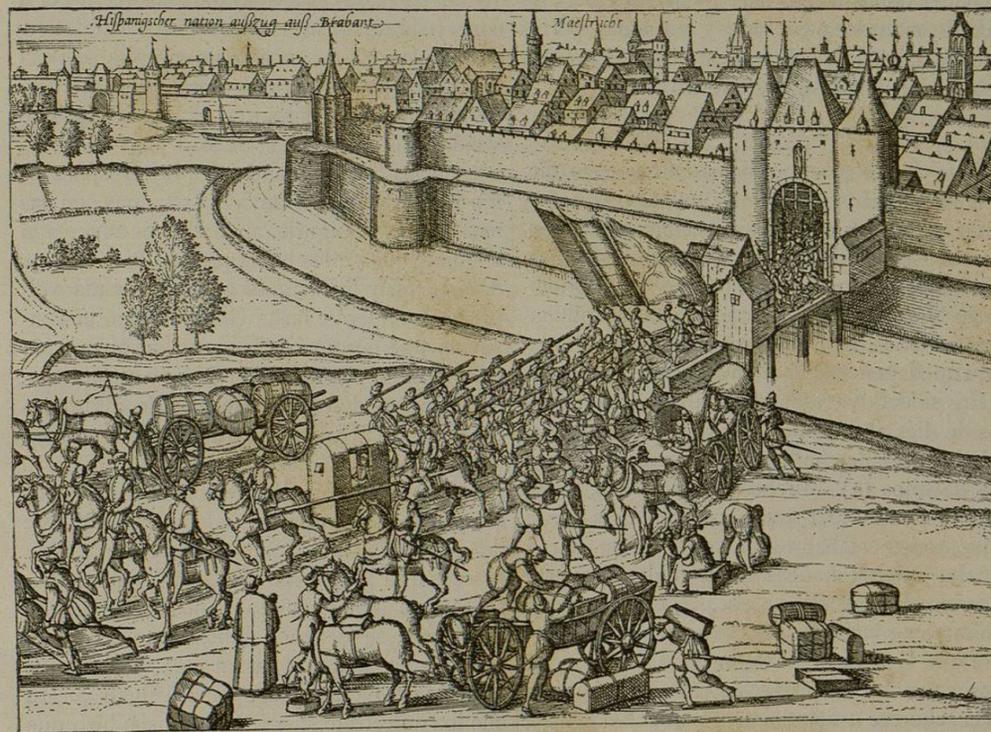
(9) *Corresp. de Felipe II*, tom. V, pág. 158, carta del rey del 26 de enero 1577.

(10) *Ibid.* pág. 165.

(11) Tres del 26 de enero, una del 27, tres del 31 y una del 31 al secretario Escobedo.

tanta union y desesperacion que es la mayor fuerza en que se puede ver.» Asombroso descubrimiento: despues de veinte años de reinado conoce Felipe II que es impotente ante el patriotismo y se doblega. Su sabio sistema de gobierno viene á terminar en esta confesion. «Aunque hay algunas cosas que son rigurosas y recias de pasar, se debe acabar el concierto para que no se pongan los negocios en mayor

peligro y desesperacion, aunque sea con alguna mas quiebra de lo que llevasteis en comision» (1). Viene á ser tan flexible que hasta está dispuesto á reconciliarse con el enemigo que más odia, con el mismo príncipe de Orange.— Si entrega las fortalezas, las armas y municiones de que es dueño, lo mejor que hay que hacer es perdonarlo.— Ante instrucciones tan benignas ¿será dócil Don Juan? Felipe teme



Salida de los españoles de Maestricht, copia de un grabado de F. Hozenberg

que no sean suficientes y escribe tambien al secretario Escobedo. «Y es tanto lo que deseo que los negocios se acomoden por bien, que he querido advertiros que si acaso mi hermano hubiese hecho alguna demostracion de rompimiento, cansado de sufrir esa gente, que aún en este caso, procureis que vuelva al concierto.»

Seria concebir una idea falsa del carácter de Felipe creer que al resignarse así á todas las concesiones hubiera tenido la intencion de tolerar una sola en materia de religion, ni ir de buena fe en las demás. Su plan real y efectivo fué, si no sugerido, á lo ménos resumido en estos términos por el cardenal Granvela (2). «Salir

(1) *Corresp. de Felipe II*, tom. V, pág. 155.

(2) *Ibid.* pág. 162, Granvela al rey.

por cualquier vía, salvo los puntos de la religion y obediencia, del embarazo presente, porque quitadas las armas y gustando los pueblos de la quietud, por diestras negociaciones se hará mucho más que por la fuerza, considerada la natura de aquella gente.» Conservando los agravios religiosos está Felipe seguro de renovar la lucha á su hora y reconquistar su autoridad absoluta.

Pero el príncipe de Orange tampoco era sincero en su Holanda. Dejaba al consejo de los Estados (3) dominar en Bruselas y prolongar las discusiones con Don Juan y preparaba por su parte los medios de impedir la pacificacion.

(3) Este consejo, que ejercía una autoridad interina y puramente nominal en las provincias sublevadas, se componía á la sazón del duque de Arschot, presidente; de Rassenghien, Sasbout, Micault, Bert, Levasseur, del tesoroero Schetz y del preboste Fonck.